
LA ALBORADA
MONTEVIDEO,
FEBRERO 22 DE 1903
AÑO VII
NÚM. 258
26
1903
CARNAVAL
POLÍTICO

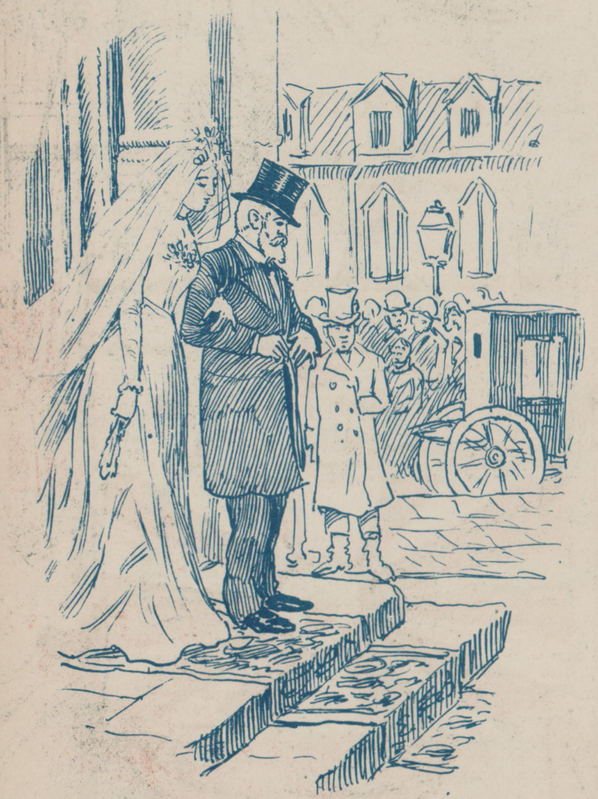
Leonor

POR CARLOTA BRAEMÉ

para dejar de cumplir cuanto ésta le ordenaba.

Era Bibiana de hermosura verdaderamente extraordinaria; la perfección de sus facciones; sus rasgados ojos negros como el azabache que contrastaban con los azules de las rubias señoritas inglesas; el gracejo natural y el flexible y delicado cuerpo de correctísimas formas, llamaban la atención ó mejor dicho, despertaban la admiración de cuantos la veían. El coronel conocedor del mundo y del poco afecto que su esposa profesaba á la joven, en previsión de futuros infortunios, llamábala aparte, procurando con cariñosas frases inculcar en el alma pura é inocente de la niña los mas sanos consejos

Pero estaba escrito que el amor sería la



perdición de la joven, y el aguerrido militar, con toda su experiencia, no pudo prever el grave peligro que á la huerfana amenazaba, puesto que su amante y apasionado corazón, aun no había tenido ocasión de despertar

Apenas contaba Bibiana diez y siete años y hallábase en todo el esplendor de la juventud y belleza, cuando la conoció el conde de Lin. Desde el primer momento resolvió ésta haceria su esposa; pero no obstante las riquezas y el título de condesa que á la joven se le ofrecía, el coronel, que comprendió que con ese enlace no llegaría nunca á ser feliz su hija adoptiva, negó su consentimiento para la boda.

Poco después, una mañana en que el coronel fué á pasear al jardín, lo encontraron dormido al parecer, sobre uno de los bancos. Pero desgraciadamente para la huérfana, pues desde ese día comenzaron todas sus desdichas, el sincero é intrépido militar no dormía, estaba muerto.

Como era natural, la muerte repentina del coronel produjo una gran consternación en la casa, pero pasados los primeros momentos de dolor, la antigua antipatía que dominaba el corazón de las señora Lester, hacia la hermosa Bibiana, se avivó más y declarándose con mayor fuerza, obligó á la joven á aceptar las proposiciones del conde, que enterado de la muerte del coronel, volvió á insistir en hacerla su esposa

La boda se celebró á los pocos meses, y desde ese día, entró Bibiana en un nuevo género de vida. El conde se sentía orgulloso con su esposa, y dueño de inmensas riquezas procuraba complacerla en sus menores caprichos; de modo que la condesa de Lin, por su belleza, gracia y esplendor que la rodeaba, pronto fué reina de la sociedad de Londres.

Pero pronto se hizo la luz en su alma, y á pesar del bullicio del mundo, de los homenajes, adulaciones y galanteos, que continuamente le prodigaban, estaba muy lejos Bibiana de ser feliz como soñara. Entonces fué cuando apareció amenazador el porvenir ante los ojos de la joven. Conservaba su viva alegría; mas sentía á veces verdadero terror cuando pensaba en lo que sería de ella con carga tan onerosa como la de su viejo esposo Desde entonces comenzó para la joven, una lucha de abnegación, y á medida que los días pasaban, se apoderó de su espíritu una impresión de intranquilidad y desasosiego, y aquellos negros y hermosos ojos que tan profundamente conmovían el corazón de cuantos la miraban, parecían siempre estar buscando algo que no enco traban.

CAPITULO XV

Un hermosa noche del mes de Abril, celebrábase espléndido baile en casa de la duquesa Irené, fiesta de la que se habló durante largo tiempo y á la que fué invitada toda la aristocracia.

Los carruajes se sucedían, con rapidez bajo el amplio vestíbulo convertido en jardín, dejando al pie de la escalera á las lindas damas que se confundían on el tropel de oficiales de brillantes uniformes, respetables funcionarios y elementos diversos de lo más predilecto e la colonia extranjera. De pronto, saltó de uno d los coches la bella condesa de Lin, que como era natural, había sido una de las primeras invitadas.

A su alta figura parecía hacerla aún más elevada el soberbio vestido de terciopelo color granate, que le dejaba desnud la espalda y los brazos, de na blancura admirable. Llevaba diamantes en profusión, y en sus cabellos negros peinados con severa sencillez, brillaba una diadema ue valía por sí sola toda una fortuna.

No bien hubo entrado la condesa en el salón, vióse rodeada de príncipes, duques

AÑO VII **LA ALBORADA** NUM. 258

PERIÓDICO ILUSTRADO

SEMANARIO DE ACTUALIDADES, LITERARIO Y FESTIVO

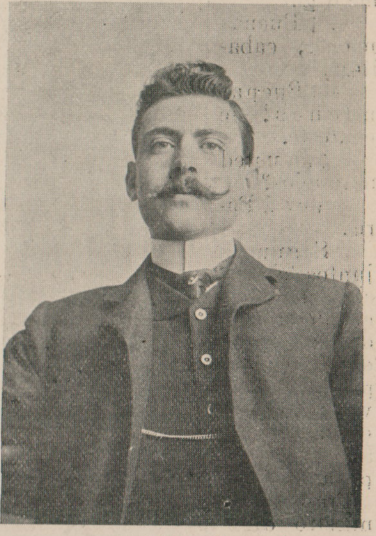
DIRECTOR: ARTURO SALOM — REDACTOR: CARLOS F. MUÑOZ — DIBUJANTE: JOSÉ OLIVELLA — ADMINISTRADOR: AGUSTIN SALOM

Oficinas: Daymán, 52 — Montevideo, febrero 22 de 1903 — Suscripción anual adelantada: $ 5

Nupciales



Margarita Navia



Daniel Hamilton

En Lourdes, el templo elegido por nuestra sociedad más encumbrada para recibir los divinos esponsales de San Antonio, contrajo enlace el lunes 16 del corriente á las 5 p. m., el joven Daniel Hamilton con la distinguida señorita Margarita Navia.

Con tal motivo en casa de la novia fué servido un exquisito lunch, al que solo concurrieron las familias é íntimos de los nuevos desposados. Inmediatamente después de verificada la ceremonia religiosa, la joven pareja partió en tren expreso al vecino pueblo de Santa Rosa, donde el señor Hamilton ejerce hace tiempo, con general aplauso, las delicadas funciones de juez le paz. Muchos y valiosos fueron los regalos recibidos por los novios, lo que prueba las grandes simpatías de que gozan en nuestra sociedad, á cuyas principales familias está ligada por lazos de parentesco la reciente y distinguida pareja.

—El jueves de la semana pasada se efectuó en la ciudad del Salto el enlace del joven José B. Montaner con la interesante señorita María del Carmen Delgado, ambos ligados por lazos de parentezco y amistad con distinguidas familias del Salto y Montevideo.



José B. Montaner



Carmen Delgado

Las nupcias de la joven pareja se verificaron en la mayor intimidad, debido al reciente duelo que enluta á la familia del novio.

Sin embargo, fueron toda una fiesta, que hizo las delicias de los desposados é íntimos que presenciaron la ceremonia sacramental del juramento á Himeneo. Las crónicas salteñas relatan la suntuosidad del acto en sendas columnas que acusan también la cantidad y riqueza de los regalos recibidos por los distinguidos recién casados. Después de pasar algunos días de luna de miel en la sociedad salteña, han llegado en estos días á continuarla entre nosotros.

El buhonero

Cuando yo contaba veinte años, tenía un cuarto en un figón de Argenteuil, á donde iba todas las tardes en el último tren.

En dicho punto me esperaba mi barca, en la que daba un largo paseo por el río yéndome después á comer, á fuerza de remo, á Bezones y Chatón ó á Saint Quen. Después volvía á Argenteuil, y regresaba á París á pié, cuando la luna iluminaba el espacio.

Una noche noté en el camino la presencia de un hombre que iba delante de mí, con el cuerpo doblado por el peso de un enorme fardo.

El tal sujeto me detuvo de pronto, y me dijo:

—¡Buenas noches, caballero!

—¡Buenas noches!—le contesté.

—¿Va usted muy lejos?

—Voy á París.

—Sigamos juntos la marcha,— me dijo el desconocido,—pero modere usted el paso, porque voy demasiado cansado para andar tan de prisa.

Proseguimos nuestro camino, no sin que abrigara yo vehementes sospechas acerca de la probidad de mi acompañante, al que á mi vez pregunté:

—¡Y usted á donde va?

—A Anieres.

—¿Es usted de allí?

—Sí, señor; soy buhonero de profesión y vivo en ese pueblo. Pero vayamos más despacio y más cerca el uno del otro.

—¿Con qué objeto?

—Porque no me gusta mucho este camino durante la noche. Llevo á cuestas algunas mercancías de valor, y no es fácil que intenten robar á dos hombres que van juntos.

Comprendí que estaba en lo cierto y que tenía miedo. Accedí, pues, á su deseo, y hétenos aquí andando el uno al lado del otro, á aquel desconocido y á mí, á la una de la madrugada, por el camino que va de Argenteuil á Asnieres.

—¿Y cómo regresa usted tan tarde, teniendo que correr tantos riesgos?—pregunté al buhonero.



Mi acompañante me contó su historia.

No pensaba volver aquella noche á Asnieres, toda vez que por la mañana se había llevado á cuestas una pacotilla para tres ó cuatro días.

Pero la venta había sido tan grande, que se veía obligado á volver á su casa, á fin de poder entregar al día siguiente varios géneros que le habían sido encargados.

—Tengo—me dijo—una tienda en Asnieres, de la que cuida mi mujer.

—¡Ah! ¿Es usted casado?

—Sí, señor; desde hace año y medio, con una mujer muy guapa. ¡Cómo se va á sorprender al verme llegar esta noche!

Al fin divisamos las primeras casas de Asnieres.

—Vamos á llegar en seguida—me dijo el buhonero—y deseo que suba usted á mi casa á beber un vaso de vino caliente con mi mujer, si está despierta, porque la pobrecilla tiene un sueño muy duro. Le advierto á usted que no dormimos en la tienda, que durante la noche está custodiada por un perro que vale por cuatro hombres. Después acompañaré á usted hasta la salida de la población.

Me negué al principio: pero el buhonero insistió de tal modo, diciéndome que quizás no me dignaba beber con un hombre como él, que no tuve más remedio que seguirle hasta su casa destartalada de uno de los barrios extremos de la población.

Mi acompañante empujó la puerta, que no estaba cerrada, encendió un fósforo y comenzamos á subir por una larga escalera.

—Vivo en el sexto piso—me dijo el buhonero—y hay que tomar con resignación la subida.

Cuando hubimos llegado á lo alto de la casa, el desconocido sacó una llave de uno de sus bolsillos, abrió la puerta y me hizo entrar en una habitación blanqueda, con una mesa en el centro, un armario de concha y seis sillas junto á las paredes.

—Voy á despertar á mi mujer—dijo el buhonero—y después bajaré á la cueva en busca de vino.

Mi acompañante se acercó á una de las puertas que daban á esta habitación y llamó á su mujer.

—¡Paulina! ¡Paulina!...

Pero Paulina no contestó.

—¡Paulina! ¡Paulina!—repitió el desconocido—Te despiertas ó no?

Después aplicó el oído á la cerradura y añadió:

—¡Hay que dejarla dormir, si es que duerme en realidad! Voy en busca de vino. Espéreme usted dos minutos.

Salió el buhonero y yo me senté resignado. Pero me estremecí de pronto, porque oí hablar en voz baja en el cuarto de la mujer.

Sospeché que había caído en una celada, y que el marido, ó lo que fuese, había ido á guardar la salida para que yo no pudiese emprender la fuga.

A los pocos segundos, giró una llave en la cerradura y abrióse la puerta.

El corazón me palpitaba con extraordinaria violencia, y el terrror me hizo retroceder hasta el fondo de la habitación.

—Defendámonos—dije para mí, cogiendo una silla por el respaldo, y preparándome á luchar enérgicamente contra mis agresores.

Mientras estaba yo en esta actitud, ví salir del cuarto á un hombre, que, sin decir una palabra, se dirigió hasta la salida y desapareció por la escalera.

Volví á sentarme completamente tranquilizado, y esperé al marido, que por cierto tardó bastante en encontrar su vino.

Pero al fin se presentó con dos botellas y me preguntó:




Roma.—Cola di Rienzo

—¿Duerme todavía mi mujer? ¿Ha oído usted ruido en el cuarto?

—No.

—El buhonero volvió á exclamar:

—¡Paulina!...

Pero en vista de que la mujer no contestaba, me dijo:

—No le gusta que cuando vuelvo á casa de noche, convide á beber á algún amigo.

—En ese caso ¿cree usted que no duerme?

—¡Qué ha de dormir! ¡Pero bebamos!. .

A los pocos momentos me levanté resuelto á retirarme sin pérdida de tiempo. El buhonero que no hablaba ya de acompañarme, miró conaire de indignación la puerta del cuarto de su mujer, y murmuró:

—No tendrá más remedio que abrir cuando esté usted fuera!

Aquel desdichado estaba furioso sin saber por qué, guiado quizá por un obscuro presentimiento, por ese instinto del hombre devorado por los celos, á quien asustan las puertas cerradas.

Mi acompañante volvió á gritar, golpeando la puerta:

—¡Paulina!

—¿Qué quieres?—contestó una voz.

—¿No me has oído entrar.

No, estaba durmiendo. Déjame en paz!

—Abre la puerta.

—Cuando estés sólo. Ya sabes que no me gusta que traigas hombres á casa durante la noche.

Me retiré precipitadamente, y al verme de nuevo camino de París, pensé que en aquel zaquizamí, acababa de presenciar una escena del eterno drama que diariamente se representa en todas partes, y en todas las esferas sociales.

Guy de MAUPASSANT.



Por la candidatura Mac-Eachen

Hace unos cuantos domingos se efectuó en la ciudad del Salto, una manifestación en honor de la candidatura de don Eduardo Mac-Eachen á la Presidencia futura de la República.

Los tipógrafos de «El Norte»

Los manifestantes, en número de cuatrocientos más ó menos, recorrieron las calles salteñas con una banda de música á su frente, dando repetidos vivas al señor Mac-Eachen, á la patria, á la República, á los diarios que acompañan la causa y al club «Eduardo Mac-Eachen».



Punto de reunión.—Plaza 18 de Julio

En el trayecto la columna fué vivada y aplaudida por familias desde los balcones y las puertas de sus casas, así como se le arrojaron una abundante cantidad de serpentinas.



La manifestación en marcha

En la Plaza Treinta y Tres, que era el punto final del curso de la manifestación, el doctor Manuel Cañizas, presidente del club «Eduardo Mac-Eachen», pronunció un discurso propagandista de los méritos del candidato, y en el que hizo moción para que por aclamación se diera facultad al club que representaba para que éste pidiera á los legisladores, por medio de una nota, su adhesión á la candidatura mencionada.



La manifestación recorriendo la calle Uruguay

El director de *El Correo Latino*, don Sebastián Angeleri, recitó unas poesías panegíricas del señor Mac-Eachen, que fueron bastante aplaudidas.

La comisión que prestigió el *meeting* partidario recibió de distintas partes de la campaña notas y telegramas de adhesión y felicitación que fueron recibidas con elocuentes muestras de aprecio por los maquequistas salteños. Esta manifestación era prestigiada por mucho elemento comercial de la ciudad del Salto, porque veían y ven en el candidato á la primera magistratura, á una persona que sabría mantener y prestigiar los intereses nacionales, por su espíritu esencialmente conservador y sosegado. Por eso esperan con bastantes deseos el 1.º de Marzo, día en que se resolverá la peliaguda cuestión de la elección de Presidente de la República.

Hicieron acto de presencia en la manifestación el cuerpo de tipógrafos del periódico *El Norte*, que se imprime en el Salto, del que ofrecenos una fotografía, que así como las de los principales momentos del acto demostrativo, nos fueron remitidas por nuestro competente corresponsal salteño don Serafín Cañizas.

Historia de una travesura

Guillermo.—Ven, Francisco, ¡apúrate! El abuelito es muy dormilón y no sentirá nada. Ya verás todo lo que podemos hacer con esta pintura.

Guillermo. ¿Ves qué bueno? Ahora trae la bata de la abuelita ¡Apúrate, Francisco!

Guillermo.—¡Chist!, no hagas ruido. Voy á amarrarle las mangas detrás de la cabeza, y tu arregla los bajos del vestido. ¡Ahora!

La abuela.—!!! ... !!!... ...!!!

Muley

Los legisladores nacionalistas



Una y mil veces le hemos manifestado nuestra adhesión á su candidatura. Puede usted estar seguro, Dr Blanco.



En el chalet

Estancia de "El Roble"

Se nos ha remitido la fotografía que acompaña á estas líneas, para que nos demos cuenta del adelanto que va tomando cada día nuestra campaña en cuestión de construcciones para vivienda con ciudadanos de adelanto como el señor José F. Sienra, acaudalado estanciero del departamento de Flores.

En ella aparecen el señor Sienra, acompañado de su familia, delante de su bonito chalet recientemente construído teniéndose en cuenta todas las comodidades adaptables al medio privativo que trae el vivir en las soledades de los campos. La vista ha sido enviada por nuestro compañero Ricardo Figuerido, activo corresponsal de esta revista, quien á menudo nos obsequia con importantes y curiosas fotografías, lo que prueba su celo, actividad y competencia en estos trabajos.

Una fiesta religiosa

En la casa de comercio que posee el progresista vecino de Pintos don Diego Larrea, presidente de la Subcomisión de Instrucción Primaria del departamento de Flores, se efectuó días pasados una misa y comunión general con asistencia de muchos niños y familias de esa localidad.

El citado vecino posee en su residencia de Pintos una capilla para celebrar en ella las misas y oficios religiosos que sean necesarios decir por la vecindad de su casa, dándole, por lo tanto,

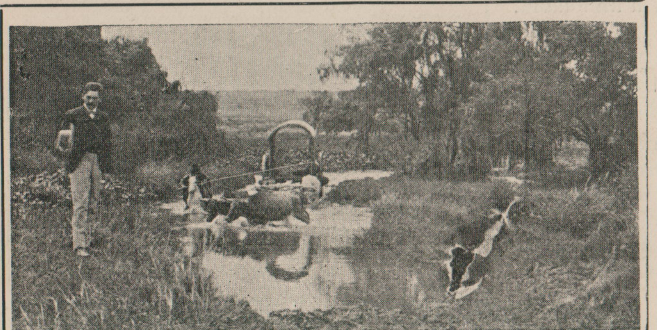


Los concurrentes á la fiesta

un carácter público á la capilla de su pertenencia. Para los fieles católicos es, pues, el señor Larrea, una persona de respetable estima y sincera veneración.

El acto religioso de que damos cuenta, fué oficiado por el cura párroco Angel Navea, que se trasladó á Pintos con ese objeto.

Por las referencias de nuestro corresponsal en Flores, que tomó la vista que adjuntamos, sabemos que asistieron á la fiesta religiosa, entre otras, las familias de Sienra, Correa, Larrea, Dagnino, Grolero, Piñeyro, Sánchez Llerena y Ríos.



Un «peludo» — *Inst. R. Figuerido.*

Un «peludo»

—¿Qué es esto? dirán ustedes. Pues un *peludo*, ni más ni menos, un carrero que se obstina en hacer pasar su carreta y sus bueyes por el vado de un arroyo, que si efectivamente lo es, en el momento en que nuestro buen paisano tuvo la mala idea de pasarlo, estaba muy distante de serlo. Y de ahí el *peludo*. Las ruedas que se hunden en el barro blando, los bueyes que se descornan en un esfuerzo de empecinados, el conductor jinete en un rocín que picanea y picanea...



Junto á la reja

Aquí estamos de nuevo junto á la reja
do nacieron alegres nuestros amores,
donde una vez tu boca chica y bermeja
me pagó con usura versos y flores.

De otros climas ingratos se llega el ave
á su nido de rosas en la espesura,
y llegan los recuerdos como una suave
ondulación de anhelos y de ternura.

Aún da sombra apacible la enredadera
tras cuyo cortinaje te aparecías
y el aire que perfuma tu cabellera
tiene el mismo perfume de aquellos días.

Aún desciende del claro, glorioso cielo
la misma luz celosa de tus pupilas;
aún para verte asoman del verde suelo
claveles y azucenas, nardos y lilas.

Aún al sentir la aurora de tu mirada,
tu voz, eco terrestre de excelso coro,
desfila por mi mente lenta parvada
de anhelos indecibles y sueños de oro.

Otra vez aquí juntos nos encontramos,
palideces cual antes palidecías
y sentimos de nuevo que nos amamos
con la pasión ferviente de aquellos días.

FERNANDO DE ZAYAS.

De mis días tristes

Cuando leí esa carta dolorosa que empieza:
«Enferma está tu amada», sentí mucha tristeza:
mi espíritu angustiado cayó en hondo letargo
y era como un ensueño muy triste, muy amargo,
aquel que adormecía mi alma...
Lentamente
subió una de mis manos hasta alcanzar mi frente,
cerráronse mis ojos y me quedé pensando...

Pensando en otros días más venturosos, cuando
yo era un niño y podía, sin despertar recelo,
entrar á esa estancia, que para mí era el cielo,
llegar hasta tu lecho, y á la luz indecisa
del postigo entreabierto, enviarte una sonrisa
que tú me devolvías con virginal cariño...

¡Cómo latía entonces mi corazón de niño
al contemplar tu lánguida cabeza reclinada,
suelto el cabello oscuro, sobre la blanca almohada!

Y al mirarte te hallaba mi espíritu sencillo
hermosa como aquella Concepción de Murillo
que en su marco de felpa, que tú la habías hecho,
pendía de una cinta, encima de tu lecho.

Sobre tus vagas formas caían mis miradas
como esas mariposas que caen embriagadas
de amor y de perfume junto á la flor querida...

Oh flor de mis amores! Oh encanto de mi vida!
Tú estás enferma y sola y yo... sueño, llorando,
con tiempos más felices, más venturosos, cuando
yo era un niño y podía, sin despertar recelo,
llegar á esa estancia ¡que para mí era el cielo!

M. MAGALLANES MOURE.



Palomas blancas y garzas morenas

Como una alemana, rubia, era mi prima Inés.
Fuimos criados juntos, desde niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. Adorable, la viejecita, con su traje á grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos coma una vieja marquesa de Boucher.

—

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí á leer antes que ella; y comprendía—lo recuerdo muy bien—lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José, todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar á un colegio, en internado terrible y triste, á dedicarme á los áridos estudios del bachillerato, á comer los platos clásicos de los estudiantes, á no ver el mundo—¡mi mundo de mozo!—y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato, un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncos: llegué al período ridículo del niño que pasa á joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé—todavía vaga y misteriosamente—en mi prima Inés.

Luego tuve relaciones profundas. Supe muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Leí *Pablo y Virginia*. Llegó un fin de año escolar, y salí en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. Libertad!

Mi prima,—pero Dios santo, en tan poco tiempo!—se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me encontraba como avergonzado, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía á sonreirle con una risa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si se veía de frente. A veces contemplando su perfil pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables; la boca llena de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó á abrazarme, me tendió la mano. Después no me atreví á invitarla á los juegos de antes. Me sentía tímido. ¡Y qué! ella debía sentir algo de lo que yo.

¡Yo amaba á mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela á misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mi pasaba el frufrú de las polleras antiguas de mi abuela, y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

Oh, Eros!

—Inés...

—...?

Y estábamos solos, á la luz de una luna argentina, dulce, una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

La dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril, temeroso.

Sí! se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mi experimentaba cerca de ella, el amor; el ansia; los tristes insomnios del deseo; mis ideas fijas en ella allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: el amor! Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración. Creceríamos más. Seríamos marido y mujer.

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba perfumes tibios que á mi se me imaginaban propicios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisiacos, labios encendidos, y entreabiertos!

De repente, y con un mohín:

—¡Ve! la tontería.

Y corrió, como una gata alegre adonde se hallaba la buena abuela, rezando á la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

—¡Eh, abuelita! me dijo...

Ellas, pues, ya sabían que yo debía decir.

Con su reir interrumpía el rezo de la anciana que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. Y yo, que todo lo veía, á la husma, de lejos, lloraba lágrimas amargas, las primeras de mis desengaños de hombre!



Puente del Prado

—

Los cambios fisiológicos que en mi se sucedían y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada en el fondo de mi sér, y aquel en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, á pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo entre los arbustos y las flores, á las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con bucles níveos y amorosamente musicales. Lleva un traje—siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo—gris azulado, de anchas mangas. que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos; los cabellos los tenía recogidos y húmedos, el bello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespa. Las aves andaban á su alrededor curruqueando, é imprimían en en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jazmineros. La devoraba con los ojos. Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vió trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara, y acariciante, y se puso á reir cruelmente, terriblemente. ¡Y bien! ¡Oh! aquello no era posible. Me lancé con rapidez frente á ella. Audaz, formidable debía estar, cuando ella retrocedió como asustada, un paso.

!Te amo!

Entonces tornó á reir. Una paloma voló á uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más; mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenil. Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime, y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas. No dije más. La tomé la cabeza y la dí un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo, abrumado, quedé inmóvil.

—

Al poco tiempo partía á otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había, ¡ay!, mostrado á mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

—

Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena, la graciosa, la alegre, ella fué el nuevo amor. Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mi las inefables palabras!

Era allá, en una ciudad que está á la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores.

Los dos, solos, estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba músicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes, los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador, como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo, extasiado, veía á la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz queda, muy queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que sólo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viento vespertirno. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar á los poetas. Luego, erraban nuestras miradas por el lago todavía de vaga claridad. Cerca de la orilla se detuvo un gran grupo de garzas blancas, garzas morenas, de esas que cuando el día calienta, llegan á las riberas á espantar á los cocodrilos, que, con las anchas mandíbulas abiertas, beben sol sobre las rocas negras. ¡Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda ó bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata se alisaba con el pico las plumas, ó permanecía inmóvil, escultural y hieráticamente, ó varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, ó en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto á mi amada, que de aquel país de la altura, me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas con sus cuellos reales, parecidos á los de las damas inglesas que junto á los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas,—bien dice un poeta—como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi elena se me antojaba como semejante á ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

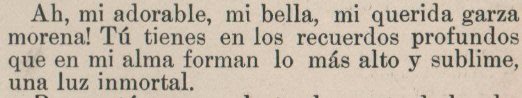
Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado á la amada, tiernamente, con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno á otro.

De pronto, y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos en la boca, todos trémulos, con un beso para mi sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer.

Oh, Salomón, bíblico y real poeta! tú solo dijiste como nadie: *Mel et lac sub lingua tua.*

Aquel día no soñamos más.

—



Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes en los recuerdos profundos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelaste el secreto de las delicias divinas, en el inefable primer instante del amor.

RUBÉN DARÍO.



El águila y la paloma

Un águila muy joven acababa de remontar su vuelo lanzándose con su presa hacia las regiones del aire. La flecha del cazador la hiere y la corta en el ala derecha. Cae en un bosque de mirtos. Durante tres días eternos, devora su dolor; durante tres largas noches sufre la tremenda herida, hasta que por fin el bálsamo universal, el bálsamo de la naturaza, la cura. Entonces se arrastra hacia fuera del bosque, agita el ala... pero ¡ay! el nervio estaba cortado, apenas puede levantarla para coger una presa indigna de su rango. Se posa tristemente sobre una roca, á la orilla de un arroyo; contempla la copa de las encinas y la bóbeda del cielo, y una lágrima se desprende de sus ojos.

En este momento llegan por entre las ramas de los mirtos un par de palomas que revolotean y ruedan sobre la arena de oro y las ondas del arroyo; corriendo de un lado á otro, y ven á la pobre enferma. Una de ellas se acerca y, mirándola con dulzura, la dice:

—Estás triste, vuelve á tu alegría. ¿No tienes aquí todo lo necesario para disfrutar de una apacible dicha? ¿No te regocija ver esas verdes ramas que te protejen contra el ardor del sol? ¿No te gusta respirar por la tarde, sobre el floreciente musgo y junto al agua? Aquí hallarás el fresco rocío de las flores; las zarzas de la selva te darán alimento delicado, y este brillante manantial mitigará tu sed. ¡Oh amiga mía! La verdadera dicha consiste en saber contentarse con poco, y ese poco se encuentra en todas partes.

¡Oh sabia filosofía—dijo el águila bajando la cabeza—¡Oh sabia filosofía! ¡Hablas como una paloma!

GOETHE.

Qué farra vamo á meter!..



—Lo qu'es esti año, che; semo los vencedores, no te capa duda.

—Te pangarece, che?

—Es qui á mi se mi antoja y asin será. ¿Qué te parece la nergía?

—O, dejáte de churretiar, entonce vos no me la contás justa.

—Por qué te venís tan tarde?

—Porque pa pisar tan juerte es por qui haberás sintido argún ensayo.

—He sintido sí... El dolor del callo número veinticinco.

—Y entonce?

—Y entonce que ya es público y notorio que pa la nuestra nu hay sociedá.

—Quien sabe, che; vos te la hacés muy segura y de veces uno se crei qu'es flauta y quedamoj en qu'es clarinete.

—Avisá bobo é los queso; con la versada que tenemos nósotro nu hay entrada al baile, che; y si cres qu'es cuento fijáte el varse nomás cuando impieza que dice:

Adiós hermosa
Perla adorada
Flor marchitada
Cual frenesí.

—Macanudo, che; pero esplicame vos que sos medio letrau, ¿qué quiere isir frenesí?

—A... frenesí?... Frenesí... sabés... quiere isir... estee... así como quien dice, asujetá el freno en custiones de amoríos; pero sabés... cuando ya si han dau el sí; y sino fijate qu'el sentimiento mismo é la palabra te lo está diciendo: fre-ne-sí.

—¡A viejo! Ya l'endivinastes el sinficau: No, sabés, yo te pregunto porque siempre hay arguno que se rain de los versos y enton...

—Si, como pa rairse; mirá esti otro toco:

En tus jardines
Un día pasiando
Hallé llorando
Hacia un jazmín
A una joven
Bella y hermosa
Cual una rosa
Sufría por mí.

—Pa que t'embobés. Este sí que parece un verso arnuvó!

—Y eso nu es nada; láa música, láa música hay que ver, hermanito. Mirá el pardo Pichincha, que tiene una respiración que da fiebre y te me le mete cada tonada que te mi hace dar las doce ante qu'el medio día.

—Y el tuerto Pirulo pa dijerir las revoluciones. ¿No juega ninte?

—Mirá que pierna! Y todo, hombre, si vamo á ligar tanta de aquellas corona que el porta se las va á ver negras pa cargalas y dispués...

—¿Qué me querés decirme?

—No... de jugando nomás... El primer premio.

—¡Oiganlé! Quié no dice que vivan los carnavales? Dejálo venir que le rompo una! Viva el... ¡Ah! Ahora que digo viva, hay que hacer acuerdo de no olvidarse di arguno que el año pasau casi más...

—Por eso no te pongás triste, cadavérico ni afligido, porque toda esa basura la tengo en la punta é la lengua; y sino palpitame la parada:

¡Viva la sociedá tal y que se yo! ¡Viva!
¡Viva su dino presidente! ¡Viva!
¡Viva el padrino el estandarte! ¡Viva!
¡Viva el porta! ¡Viva!
¡Viva la comisión del tablau! ¡Viva!
¡Hip hip hurra! Y avanti con la galina que en argún lau la hemo é cocinar...

—Acabá que estás llamando la intención de los transuentes.

—Y á mi qué, si lo hago al prepósito. ¿No ves que ansina saben que semu sunsi ma se divertimu?

—Pero la custión que yo me pongo medio loco é cuntenteza.

—Pa evitar esa disgracia suspendo el plato, pero no faltés esta noche al ensayo, mirá que falta poco...

—La ocurrencia el comisario. Más antes me dejo cortar un dedo.

Antonio MARTINI.

La vida en broma

LOS REYES MAGOS

Lector: ¿ha sido usted niño por una casualidad?

En la hipótesis de que la contestación sea afirmativa, convendrá usted conmigo en que el día de Reyes deja siempre gratísima impresión en las imaginaciones infantiles.

Este año los Reyes nos han traído un tiempo hermoso: sol espléndido, temperatura suave; verdadera sinfonía de luz y colores, no adulterada por el horrísono martilleo de los pianos de manubrio, en buen hora suprimidos por el señor marqués de Portago.

En todas las casas donde hay niños más ó menos escrofulosos, ha reinado el júbilo.

La víspera por la noche, papá y mamá, cogiditos del brazo, fueron á adquirir los juguetes simbólicos para colocarlo en el balcón, á fin de provocar al día siguiente la alegría de sus pequeñuelos.

El papá, que es hombre de carácter dulce, ya como oficial segundo de la Administración civil, ya como esposo de doña Agripina, ha dicho á su mujer después de la cena:

—Anda, vístete pronto.

—¿Para qué?

—Para que vayamos al bazar.

—Manolo, tú eres ciego por tus hijos. Ya sabes que no podemos meternos en gastos.

—¿Tendrás valor para dejarlos sin juguetes en un día como hoy?

—Eso es: mucho comprar juguetes á los niños, y yo con esta manteleta, pasada de moda, siendo el ludibrio de las vecinas del segundo.

—¡Valientes malas lenguas!

—Tienen razón en lo que dicen. Estando como estás colocado, y siendo como eres el ojo derecho del ministro, no tiene explicación que yo ande con este abrigo. ¿Qué diría el señor de Villaverde si me viera? Otros empleados llevan á sus señoras á todas partes, porque tienen ropa, y á mí me dejas metida en casa, como á la Cenicienta.

—Agripina, no disparates; anda, vamos al bazar.

Los esposos, después de una ligera discusión, llegaron al punto de destino. Allí un dependiente cariñoso presentóles mil preciosidades de cartón: ya el caballo blanco con cara de joven tísico y crines de estopa; ya el borrego lanudo de mirada mortecina y cola de escobillón; ya el muñeco articulado, de barba puntiaguda que toca los platillos, y más que objeto de recreo parece un senador por derecho propio en un día de juerga.

Los papás estuvieron contemplando aquellas mil monadas, y al fin se llevaron dos: una cesta llena de cacharros diminutos para la niña, y un hermoso pato de fisonomía dura, aunque inteligente.

De vuelta en casa, colocaron ambos objetos en el balcón al lado de las botas de los chicos.

—¡Poco contentos que se van á poner cuando vean mañana estos juguetes!—dijo el papá con júbilo reconcentrado.

—Tú les estás educando malísimamente,—objetó la esposa.

—¡Pobrecillos!

—Sí, señor; porque les das todos los gustos. Cada día lamento más la pérdida de mi madre, que de Dios goce. Aquélla sí que sabía educarlos.

—No me la recuerdes. ¡Vaya un genio!

—Tú confundes el genio con la buena educación. ¡Ay! ¡Dios la tenga en su santa gloria!

—Amén.

—En cambio, tú no sabes hacerte respetar. ¿Qué dirían los de tu oficina si supieran que te vistes con la ropa de la criada para divertir á los niños y que á lo mejor andas por casa, á cuatro pies, con un puchero en la cabeza, diciendo que eres la foca del Retiro?

No habían dado las ocho y ya estaban los chicos á la mañana siguiente sentados en el lecho metiendo bulla.

—Papá, papá—gritaron á dúo,—que nos vistan. Queremos ir al balcón á ver qué nos han dejado los Reyes.

El papá saltó de la cama y se puso á vestir á las criaturas á toda prisa.

Diez minutos después, los chicos se precipitaban sobre los juguetes.

De pronto el niño, clavando sus ojos en el pato, lanzó un grito de asombro.

—¿Que, hijo mío?—preguntó el papá.—¿Por qué gritas?

—Porque ese pato...

—¿Qué?

—Tiene la cara lo mismo que la abuelita.

Luis TABOADA.

Actualidad extranjera



El general Mathos, jefe de los revolucionarios venezolanos



Revolucionario venezolano

Parece que felizmente toca á su fin el conflicto de Venezuela con las potencias europeas. El comportamiento bizarro del presidente Castro, quien no ha doblado la cerviz ante sus poderosos enemigos, bastó para que sus súbditos se aprontaran para una lucha cruenta antes de ver el suelo pisoteado por el extranjero.

Después del bombardeo que la nave alemana «Panther» hizo al fuerte San Carlos, ningún otro encuentro de importancia ha tenido lugar, y el gobierno se ha visto en la necesidad de subdivir sus ejércitos para atacar tanto á los revolucionarios venezolanos, comandados por el general Matthos, cuanto á las tres potencias europeas.

En el presente número publicamos el retrato de dicho general, militar hábil, conocedor del suelo y buen guerrillero, que ha hecho pasar bastantes malos ratos á las tropas legales. Se titula «jefe de los Ejérciios Libertadores», y en vez de deponer las armas ante el conflicto europeo, aunando sus fuerzas con las del gobierno, ha demostrado ambiciones bastardas y mezquinas combatiendo á la patria en momentos aciagos.



El escudo donado por los oficiales de marina al duque de los Abruzzos

Los barcos que en esta última guerra fueron tomados á Venezuela por las potencias aliadas, serán restituídos á esa nación, según establecen los protocolos de paz últimamente firmados. Se anuncia, además, que el 30 % de las recaudaciones venezolanas será depositado en el Banco de Inglaterra, que tiene una sucursal en Caracas, correspondiendo al Tribunal Arbitral de la Haya decidir en la forma en que será echa esta distribucción á las tres naciones que han provocado el conflicto.

La «Carlo Alberto» llegó también á la costa de Venezuela. Publicamos el retrato de su capitán César Martini á la vez que el del marino Francisco Orsini, comandante de la división formada por los acorazados *Elba* y *Giovani Bausan*, los cuales tomaron parte en el conflicto.

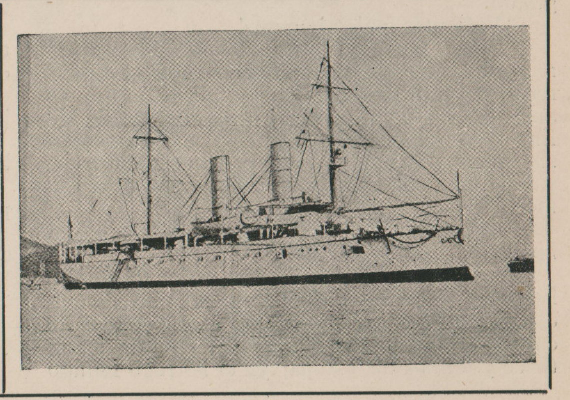
—El duque de los Abruzzos acaba de recibir de la Escuela de los Oficiales de Marina un testimonio de admiración, con motivo de sus últimas expediciones á las regiones polares.



Capitán César Martini



Capitán Francisco Orsini



La nave «Elba» en Caracas

EN LA PLAYA RAMÍREZ

Lógica parda

SE PROHIBE ESTACIONARSE EN ESTE PUNTO.

—Mirá aquella muchacha... ¡qué tocino! Si lo tuvieramos para el *rancho!*..

J. Olivella

En la feria

1

—Diga, ese pato ser pato padre ó pato madre?

2

—¡Pa tu aguela, animal!

Asonancias

Sé de un reptil que persigue
la sombra rauda y aérea
que un ave del paraíso
proyecta sobre la tierra,
desde el azul en que flota—
iris vivo de orlas negros!

Conozco un voraz gusano
que, perdido en una ciénaga,
acecha una mariposa
que, flor matizada y suelta,
ostenta en un aire de oro
dos pétalos que aletean!

¡Odio que la oscura escama
¡profesa á la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!

Salvador Díaz Mirón.

J. Braña



El cardenal Parocchi

El homenaje consiste en una espléndida placa metálica, con un bonito diseño alegórico, obra del conocido artista Sartori.

—El 15 de enero ha fallecido en Roma el cardenal Parocchi, á quien, por las relevantes condiciones que lo adornaban, se le llamaba con justa razón «el cardenal Bembo de nuestros tiempos».

Inició su carrera como párroco en un apartado villorio, desde donde supo destacarse por su talento y vastísima ilustración. Al poco tiempo fué nombrado obispo de Pavia, y arzobispo de Boloña por Pio IX, lo que le valió á Parocchi grandes pendencias y querellas. El alto clero de Boloña le hizo una guerra sorda, hasta pretender que el gobierno italiano le negara el *exequatur*. Pio IX que era de carácter no consintió en la destitución de Parocchi, y con su tenacidad supo triunfar á la larga de todos sus enemigos. El enemigo más irreconciliable de Parocchi fué el cardenal Rampolla. En cambio León XIII empezó por protegerlo y lo nombró cardenal vicario, ó lo que es lo mismo, jefe efectivo del gobierno de la iglesia de Roma. Nació el 13 de agosto de 1833 en Mantova, llegando á cardenal el 22 de junio 1877.



Mr. Andrea Giron



Teatro de la Scala.—El baile «La porcelana de Meissen»

—Damós á nuestros lectores el último retrato de Mr. Girón, el preceptor afortunado que tanto ha dado que hablar con motivo de su fuga con la princesa Luisa Antonieta.

—El segundo suceso importante de la temporada actual de la Scala ha sido el nuevo baile: *Porcelana de Meissen*, representado por primera vez en Drede, el año pasado. La acción es breve: un prólogo y un acto. El prólogo es todo mímico y en el aparece el alquimista de Augusto II Sajonia, Federico Böttger, quien buzcando la piedra filosofal halla en vez el secreto de la fabricación de la porcelana.

¡Artistas!

Para M. E. Vaz Ferreira.

Cuando el nimbo de la gloria resplandece en vuestras frentes,
Veis que en pos de vuestros pasos van dos sombras que inclementes
Sin desmayos ni fatigas os persiguen con afán;
Son la envidia y la calumnia, dos hermanas maldecidas,
Siempre juntas van y vienen por la fiebre consumidas,
Impotentes y orgullosas—son dos sierpes venenosas
Cuya mísera ponzoña sólo á ellas causa mal.

Alevosas y siniestras cuanto tratan de atacaros,
Temerosas de la lumbre, siempre buscan el misterio.
Más burlaos de sus iras: ¡nada pueden! y el artista
Tiene un arma irresistible para ellas: ¡el desprecio!

Delmira Agustini.

Una mercedaria



Dominga Amondarain

Si alguien dudara de que la ciudad de Mercedes es, entre todas las de la república, aquella que mayor tributo presta á la belleza femenina, la contemplación del retrato que estas líneas acompaña destruiría por completo la duda.

Erguida con altivez de reina, nuestra retratada aparece en todo el triunfo de su juventud, luciendo los hechizos de su rostro perfecto, la gallardía de su busto y una distinción exquisita en todo su conjunto.

Bajo el marco de su abundosa cabellera negra, sus pupilas, en las que anida la sombra de los ensueños, bañan en claridad deslumbrante el alma del que las mira.

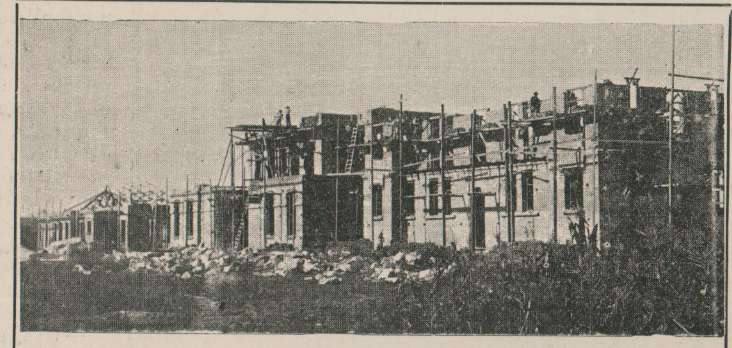
Encarnación viviente de todos los atractivos, reune la mercedaria de que nos ocupamos, á los dones deslumbrantes de su belleza física, los dones no menos preciados de los espíritus selectos.

En ella se enlazan en divina armonía la pureza de la línea y la pureza del alma, y este íntimo consorcio de lo hermoso y de lo bueno vibra en toda su persona como la suave claridad de las estrellas.

En el arco delicado de las cejas, en las líneas semi-sensuales de la boca, en la mórbida redondez de las mejillas, hay todo un poema de vida y de juventud.

Al verla así, en esa actitud, que da á la mujer la conciencia de su belleza, se diría que ante ella hay un estatuario pronto á trasladar al mármol, á golpes de cincel, la poesía que se desprende de toda su persona, de la que se podría decir con el poeta, que tiene algo de celaje, de espuma y de mariposa.

El Hospital de Niños Pereyra-Rossell



El estado de las obras

Continúan con toda actividad los trabajos para la terminación del Hospital de Niños Pereyra-Rossell, levantado en el terreno donado por el señor Alejo Rossell y Rius.

Esta obra de caridad, que en América será una de las más importantes en su género, es á todas luces meritoria, pues á más de llenar una necesidad que se hacía sentir desde hace tiempo, ha sido costeada con dineros donados por personas pudientes y fiestas organizadas con tal fin.

A la memoria de Amelia Klappenbach



El monumento

Ultimamente ha sido colocado en el Cementerio de Nueva Helvecia (departamento de la Colonia) un monumento á la memoria de la señorita rosarina Amelia Klappenbach, sobre el panteón de la familia de este nombre, y que informa el grabado que acompaña á estas líneas.

La extinta era hija de progresistas colonos suizos radicados en Nueva Helvecia, en donde causó sentido dolor su fallecimiento, por las dotes morales y físicas que la adornaban y la hacían dama necesaria en los círculos sociales del pedazo de Helvecia trasplantado con plácemes de orientales y extranjeros en nuestra república.

Los padres de la señorita de Klappenbach han querido, con esta obra erigida sobre su tumba, tributarle un perenne recuerdo á la buena hija, arrebatada tan temprano á su hogar y á su cariño.

El busto ha sido modelado por el escultor Francisco Ghilioni, y panteón y busto construídos por el señor Alfonso Amaturo.

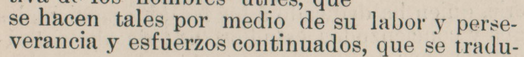
El cementerio de la Colonia Suiza va, cada día que pasa, embelleciéndose, adquiriendo esa imponencia severa de la monumentalidad, de los mármoles blancos levantados en nombre del recuerdo y del cariño sobre la santa tierra que guarda las cenizas de los que se fueron.

Necrología



Coronel José Alciaturi

El 7 de Febrero dejó de existir en la ciudad del Salto el querido veterano José Alciaturi, quien deja al alejarse, los recuerdos imperecederos de su larga actuación, fecunda en bien de las instituciones nacionales. No gozaba su nombre de esa fama mentida que suelen alcanzar la audacia y la conciencia dúctil; pero en cambio disfrutaba de la reputación que obtienen los hombres moderados y de conciencia recta, los ciudadanos austeros y dignos, que con sus actos modestos pero altruistas y generosos, adquieren aquella popularidad real y positiva de los hombres útiles, que



se hacen tales por medio de su labor y perseverancia y esfuerzos continuados, que se traducen siempre en pro de los intereses generales á la vez que de los propios.

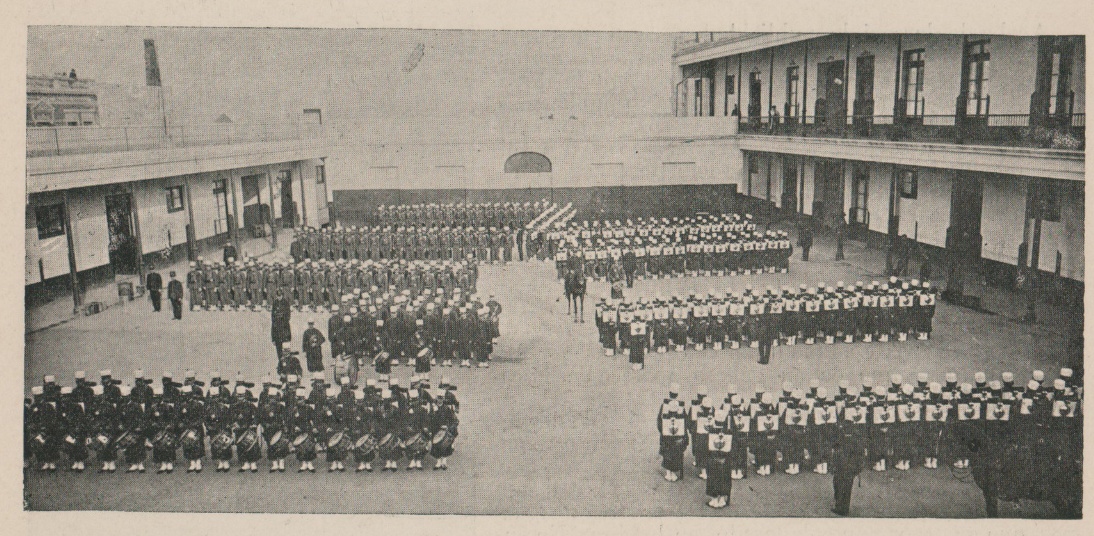
El coronel Alciaturi era, en una palabra, el modelo del ciudadano conocedor de sus derechos, y el militar sumiso á sus deberes, respetuoso siempre de las glorias de su tierra y de su partido, al que le ha prestado importantes y meritorios servicios.

Por eso su muerte ha causado la impresión dolorosa que origina la pérdida irreparable de los viejos y honorables servidores de la patria que han contribuído á encaminarla por los senderos de la paz y de la libertad.

Reciban su deudos y amigos nuestro más sentido pésame.

Fot. de S. Cañizas.

Cuartel del 3.° de Cazadores



Última fotografía del batallón, tomada en momentos en que se dispone á salir de paseo

"Nuestros novelistas"



Norberto Estrada

El conocido crítico y literato Norberto Estrada ha dado á la publicidad la segunda edición de su librito intitulado «Nuestros novelistas», que abarca las personalidades literarias de los señores Eduardo Acevedo Díaz, Carlos Reyles y Javier de Viana.

Esta reimpresión de «Nuestros novelistas», que ha sido aumentada con algunos capítulos más sobre literatura, prueba la buena aceptación que ha encontrado en nuestro mundo inteligente.

Como todos los asuntos que trata el señor Estrada, las críticas de que hablamos están hechas en una forma galana é imparcial, en una literatura razonada y amena que lleva al lector á la concepción acabada de lo que valen los reputados escritores de su trilogía.



Mme. Suderie dando un masaje facial

La conservación de la belleza

En su casa de la calle Colón número 140, celebró mme. Suderie, en los primeras días de Febrero, una interesante conferencia sobre la belleza de la mujer.

En su trabajo, lleno de curiosos datos científicos, demostró la conferenciante la importancia de su sistema, muy superior á la farmacopea más moderna y adelantada. Llamó la atención sobre la tendencia que existe en la mujer en general, á recurrir á toda clase de ingredientes y menjurges para disimular los defectos del rostro, lo que redunda en perjuicio del cútis, para el cual tienen siempre aquellos una acción destructora.

En cambio ese inconveniente queda subsanado con los masajes faciales, que si bien no se han implantado aun en nuestra república, su aplicación ha obtenido el éxito más lisonjero en Francia, Suecia y Norte América

Mme. Suderie, quien ha dedicado á los masajes medicinales y faciales largos y concienzudos estudios, es toda una autoridad en la materia, por lo que le auguramos un verdadero triunfo en la empresa que hoy acomete entre nosotros.

Gabriel Arlas



Acaba de darse á la publicidad, convenientemente encuadernado, el tomo de la «Guía Nacional» correspondiente al año 1903. La obra, editada bajo la dirección del señor Gabriel Arlas cuyo retrato publicamos, abunda en datos auténticos y minuciosos, por cuyo motivo prestará grandes servicios al comercio y al público en general. En su confección han intervenido numerosos corresponsales y agentes viajeros, que recorrieron todos los confines de nuestra república tomando apuntes y levantando censos hasta en las más insignificantes poblaciones, por lo que la «Guía Nacional» supera en un 60 % á todas las que hasta ahora se han publicado entre nosotros. Junto con ella ha llegado á nuestra redacción un ejemplar de el «Libro de oro», obra curiosa y editada también por el señor Arlas, la primera que en su género aparece en la capital.

En sus páginas adornadas con grabados de destinguidísimas niñas y de nuestros más importantes hombres públicos, encontrará el lector una literatura amena é interesante, emanada de conocidos literatos sudamericanos y principalmente de los escritores uruguayos, que gustosos han colaborado en la obra. En sus últimas páginas trae esta, en una guía alfabética hábilmente ordenada y de manejo sencillo y fácil, la nómina de todas las familias de figuración social tanto en Montevideo como en las ciudades y pueblos de la república. Como todo lo que recién se inicia, fueron muchos los inconvenientes y obstáculos con que hubo que luchar para implantar esta mejora, y solo después de grandes trabajos y erogaciones se han obtenido los datos necesarios para la confección del nuevo trabajo.

Estafeta de "La Alborada"

Pedante—No nos gustan los pseudónimos y sí algo bastantito el articulillo. Conque, ya sabe. Fuera la careta.

A. C. D.—No nos satisface. Es algo flojo el asunto y algo... (vaya por los algos) poco pulido. Mande otra cosa, no crea que le cerramos las puertas. Pero ya le decimos: mejorcito .. mejorcito...

Y en cuanto al pseudónimo, dese por dicho á lo que á Pedante.

J. K. L.—Es imposible: No insista. Pensamos silenciarle en un principio no contando con la reincidencia. Pero la quinta vez que usted nos asedia ¡y qué remedio! tomarémonos el trabajo de contestarle en la conciencia de que nos dejará en paz. ¡Es tan malito aquello!

CARNAVAL DE 1903

A LAS COMPARSAS

Se les hace saber que si desean aparecer en este periódico, deben pasar por la calle Uruguay 359, entre Rondeau y Cuareim, casa del fotógrafo oficial de LA ALBORADA, señor Ramón Blanco. Durante los días de carnaval el señor Blanco estará á las órdenes de los Presidentes de las sociedades carnavalescas.


26